

**DISCURSO DE LA ACEPTACIÓN DE LA MEDALLA ACADEMICA DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA. GUADALAJARA, JALISCO, 27 DE NOVIEMBRE DE 2009**

Estimados señores y señoras:

Un largo camino he transitado junto con mis colegas mexicanos, desde 1982 cuando en Puebla ingresé al mundo de la historia de la ciencia y la tecnología; en aquella reunión donde los veteranos historiadores latinoamericanos que habían venido registrando el devenir de la ciencia en nuestra región se unieron a otros más jóvenes o aprendices como yo, para inaugurar un proyecto integracionista como lo fue la Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, que habría que volver a la vida, a la luz de las nuevas necesidades e intereses de nuestra región en el siglo XXI.

Volviendo al recuerdo de 1982. Qué me iba a imaginar, que hoy sería, junto con Gerardo Sánchez Díaz, objeto de este reconocimiento; en ese entonces estaba en plena formación bajo la tutela de Marcel Roche, a quien quiero honrar, reconociendo que soy una de sus discípulas, y tengo la seguridad que él también se sentiría satisfecho al saber que hizo bien su trabajo como ductor.

Veinticinco años han transcurrido, en una continua relación con los colegas latinoamericanos, pero reconozco que ha sido en México donde por afecto, inclinación (al tequila) y curiosidad intelectual me he sentido a gusto. Así para una investigadora proveniente de esa lejana Venezuela, que en la época Virreinal, abastecía de cacao a los novohispanos, ha resultado fácil emprender el viaje hacia el norte y recalar en Ciudad de México, Puebla, Morelia, Guanajuato, aunque lamento no haberlo hecho esta vez en Guadalajara, la cual conocí, poco antes de que en verdad atisbara que la historia de la ciencia sería mi camino en la investigación.

Cuando uno examina lo que ha hecho, a veces le asalta la inquietud de que pudo haber realizado más; pero, si uno se detiene en lo ganado, el cual es mi caso, pienso que lo pude hacer porque tuve la oportunidad, los medios y los colegas que me estimularon a lograrlo. Reconozco que mi perfil, al inicio, era todo lo que no se esperaba de un historiador; venía de la sociología, con la cual tengo una infinita deuda porque ha contribuido a ser el historiador que soy, preocupado por trascender más allá del dato, por indagar las condiciones sociales macro y micro gravitan sobre los "objetos, situaciones, épocas o personajes" que estudio. Pero la historia, quizás por mi experiencia de un temprano exilio político en Costa Rica con mis padres, en la década de 1950, era una debilidad que siempre estuvo presente.

Me hice historiador a través del quehacer y no como egresado de la respectiva escuela disciplinaria; y fue con mis estudiantes de postgrado de Estudios Sociales de la Ciencia en el IVIC, uno de ellos, historiador, cuando terminé de aprender la metodológica y los "tips" del quehacer histórico. Los estudiantes también han sido importantes porque me

han obligado a reflexionar sobre la historia que hago, así como indagar con un sentido presente, es decir con interrogantes del ahora, inquirimos al pasado; por supuesto, cuando lo hacemos corremos el riesgo de la distorsión. La gran mayoría de los estudiantes a mi cargo han sido cursantes de las disciplinas básicas (física, matemática, química, biología y sus diversas especialidades) quienes toman conmigo un curso denominado pomposamente: Humanismo de la Ciencia.

A ellos, que se dedicaran a la investigación en ciencia básicas ¿para qué puede servirles un módulo de historia de la ciencia? ¿y, uno acerca de Venezuela, si en este país hay poca ciencia, como reza la conseja popular supuestamente informada? Este ha sido el reto que he tenido ante mí, todos estos años. Porque si bien, en cuanto académico gozo de hacer investigación y de la discusión y comunicación de los hallazgos, el reto de dar a conocer esos resultados a una comunidad tanto de jóvenes como establecidos investigadores en Venezuela, estuvo desde el inicio.

Dos reflexiones sobre esto. Una, estoy segura que no habría hecho la historia que hago y escribo, si ese reto no hubiera estado presente; posiblemente porque venía de la sociología, fue para mí más fácil entenderlo así. Dos, reconozco que como parte de ese grupo venezolano, los especialistas de los Estudios Sociales de la Ciencia (ESC), particularmente los que cultivamos la historia, hemos tenido un deber, responsabilidad para la comunidad científica venezolana: de darles a conocer su tradición científica, la cual en cierta forma permite a jóvenes y establecidos investigadores sentirse parte de un colectivo en el tiempo, accediendo a un conocimiento que hasta ese entonces era solo dominio de los especialistas. Pero sobre todo, a través de mi indagación en la historia, he podido constatar y mostrar a mis conciudadanos lo capaces que los venezolanos hemos sido y podemos ser.

Ahora entenderán porque puedo afirmar que soy el historiador que soy, debido a estas específicas condiciones en las que he venido haciendo mi trabajo.

Pero hay otro aspecto que es preciso poner de relieve; la institución en la que ingrese para convertirme en investigador y realizar mi carrera académica: el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC). Cuando me incorporé al Departamento de Estudio de la Ciencia (1976), ahora convertido en Centro a partir de esta semana, tuve a mi favor el trabajar en un ambiente físico hermoso: el bosque de selva nublada, que algunos de Uds. han conocido al visitarnos o visto a través de la internet... ahora también se puede viajar así...; también era el gozar de un espacio cómodo, de disponer de medios financieros no abundantes pero si suficientes para apoyar la investigación, así como de la existencia en el propio instituto de la actual Biblioteca Marcel Roche, con su valiosa colección de revistas científicas en las ciencias, pero también en sociales, aunque en menor cantidad; todos estos elementos hubiesen sido suficientes y positivos para hacer investigación en historia de la ciencia, en esa Venezuela del último tercio del siglo XX.

Hay otro aspecto menos tangible del IVIC, que no puedo pasar por alto: el ambiente intelectual producto de una comunidad de investigadores; como sociólogo ellos fueron,

en un primer momento, mis objetos de estudio, pero a la larga se convirtieron también en interlocutores, de los cuales había mucho que aprender acerca del quehacer científico; así el estudio de la ciencia, en su variantes socio-histórica, no era un asunto aislado de la cultura de las llamada ciencias duras, sino por lo contrario, aquellas, personalmente me proporcionaron ocasiones y experiencias de información; y muchas veces he tenido la oportunidad de consultar a los físicos, matemáticos, virólogos, bioquímicos, genetistas, químicos acerca de los contenidos científicos de sus campos y/o acontecimientos o características disciplinarias que me ha tocado examinar al hacer historia de la ciencia.

La interacción con colegas de las ciencias básicas ha derivado en que haya más conciencia entre ellos acerca de la tradición científica del país; y es posible que por ello, una de mis actuales líneas de investigación: la historia de las matemáticas y la física, haya surgido a instancias de la “demanda” de los propios interesados de las disciplinas en el IVIC. De igual manera, a instancias de ellos mismos, en los últimos tiempos, me he sentido reconfortada acerca de mi actividad de divulgación.

El IVIC ha sido fundamental para intentar ver la historia de la ciencia como parte de un quehacer que debe trascender las fronteras de nuestros terruños; así, parte de la vocación internacionalista del IVIC, ha tenido que ver con mis andanzas de reunir a los colegas de la región para discutir acerca de nuestros hombres de ciencia o los quehaceres de nuestros veterinarios.

Finalmente, no puedo dejar de expresar ante Uds. mis colegas estudiosos de la historia de la ciencia, mi inquietud sobre el futuro del IVIC, extensivo a las demás instituciones de la ciencia en Venezuela. Hoy, cada día ellas son objeto de erosión por las actuaciones del actual gobierno, que menosprecia el conocimiento y el talento, así como niega los logros anteriores del país, entre ellos el contar con una comunidad científica propia. Estamos ante una época histórica en que lo construido con tanto esfuerzo, puede ser sencillamente destruido por la arbitrariedad, la ignorancia y el abandono de la civilidad.

Regresando a este momento en que la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología me honra con la Medalla Académica, quiero expresar mi agradecimiento a los integrantes de la directiva de la Sociedad; de igual manera a los Drs. Teresa Rojas Rabiela, Oliva López Sánchez y Juan José Saldaña González, quienes actuaron como jurado; a cada uno de ellos los conozco de tiempo atrás, y les agradezco su gentileza para conmigo, especialmente el Dr. Saldaña quien ha sido testigo del comienzo de mi carrera académica. Mis sentimientos de camaradería y afecto para el Dr. Ismael Ledesma, quien me comunicara el veredicto. Mis felicitaciones a Gerardo Sánchez Díaz, a quien me encontré en su Morelia y tuve allí el placer de enterarme de su trabajo; me siento honrada de compartir con él la Medalla Académica.

Desde mi querida Venezuela, les declaro que guardo a México, en mi corazón. Gracias.